

los siglos, para daros una prueba la mas grande de su predileccion, una dádiva la mas preciosa de su poder, y un recurso el mas facil y poderoso para todas vuestras necesidades.

Entonad pues el cántico de Isaías con que os exhorté en el exordio de mi Panegirico, en señal de vuestro reconocimiento: desatad vuestras lenguas en sus divinas alabanzas por la dignacion que ha tenido de elegir vuestros santuarios para habitacion suya: *Exulta, et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Israel.* Adoradle en espíritu y verdad, vosotros que teneis el honor de vivir baxo la dominacion del mas piadoso Monarca, que para monumento inmortal de su ternura y gratitud á tan gran Señor, manda que sus tropas abatan por el suelo las vanderas reales para que pase sobre ellas el Dios de las batallas en el dia solemne de su triunfo, imitad su piedad y su zelo por el culto de un Dios Sacramentado, dad testimonio de vuestra fidelidad acompañando á nuestro augusto Soberano en la sumision, reverencia y profunda veneracion al Rey de cielos y tierra, que mora en medio de vosotros, y ha querido ser á un tiempo vuestro apoyo, vuestro consuelo, vuestro refugio, vuestro asilo, y vuestro remedio en todos los peligros de esta vida: *Magnus in medio tui Sanctus Israel.*

Vos, Señor, que os habeis quedado oculto baxo las sombras de ese tabernáculo por nuestro bien, hacenos dignos de vuestros favores, venced los obstáculos que oponemos á vuestros designios, allanad la resistencia de nuestro corazon, disipad la ilusion de nuestros sentidos, y dad fuerza á nuestra flaqueza para que sepamos aprovecharnos de las gracias que nos franqueais con vuestra real presencia, y merezcamos por medio de ellas un galardón eterno. Amen.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Adeamus cum fiducia ad tronum gratiæ ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio oportuno.

Ap. ad heb. cap. 4. v. 16.

Acerquemonos al trono de la gracia si deseamos conseguir mercedes y auxilios oportunos.

Es posible decia antiguamente Salomon, aquel Monarca pacífico, sucesor en Israel, y heredero del cetro de David; es posible que un Dios inmenso y eterno, árbitro y autor de la naturaleza, que con sus resplandores alumbró las primeras luces de la eternidad, y para quien la vasta redondez del orbe es habitacion estrecha y limitada; es posible que un Dios Criador del universo, que vió salir de repente debaxo de su fecunda mano la tierra y los astros, y en cuya presencia los Angeles se sorprenden de veneracion y respeto; es posible que este Dios de gloria y de magestad, de grandeza y de poder ha de habitar en el corto recinto de nuestros templos? Y á la verdad, este es el gran Dios de Sabaoth, engendrado antes de la aurora en el seno del Padre, que habita en las alturas de Sion en un trono de luz inaccesible, rodeado de todo el esplendor y magnificencia de su gloria. La virtud, el poder, la sabiduría, el honor, la divinidad y la gloria brillan al rededor de su magestad: su ros-

tro divino despide rayos de luz, que eclipsan los mas resplandecientes astros: animales misteriosos le adoran sin interrupcion, y publican sin cesar sus grandezas: ancianos venerables arrojan sus coronas á los pies de su augusto trono: millares de espíritus bienaventurados sobrecogidos de un temor reverencial, se postran continuamente en su presencia: todas las celestiales inteligencias, las potestades, los tronos y los serafines forman un velo de sus alas, se humillan, se abaten, se anonadan, le adoran y le reconocen por su Rey y Soberano. Desde allí sentado á la diestra del Eterno domina como dueño absoluto todas las naciones que habitan el orbe desde donde el sol empieza su carrera hasta las regiones donde la fenece: sojuzga á las leyes de su imperio las monarquías de la tierra, las testas coronadas, los semidioses del mundo, las potestades sublunares, al cielo y al infierno, al mar y á los vientos, á la vida y á la muerte: todo quanto hay en los abismos y en la region etérea, espera solamente sus preceptos para parecer y desaparecer, para existir y dexar de ser.

Por eso los antiguos Profetas para anunciar á este Dios poderoso que habia de libertar á Israel de la dura esclavitud del demonio, usan de títulos pomposos que indican la grandeza y magestad del Dios que habia de nacer, y así le llamaron el Dios de los exércitos, el Angel del gran consejo, el padre de los siglos futuros, el legislador de los pueblos, el conductor de las naciones, el exterminador de las potestades infernales, el león misterioso de Judá, el Dios fuerte, el Dios admirable, el deseado de los collados eternos, el Monarca conquistador y victorioso, que aniquilando los tronos de sus enemigos, habia de trasladar á manos de la nacion santa los despojos de las profanas genera-

ciones. Así hablaron en los pasados siglos David y Zacarías, Daniel y Isaias, para darnos una idea cabal de la autoridad y poder de un Dios hombre. ¿Pero qué vista habrá tan perspicaz que reconozca á este Dios de gloria y magestad en el Dios que adoramos en nuestros altares? ¡Ah! Este mismo Dios, árbitro del universo, lleno de amor y mansedumbre eclipsa toda su grandeza, apaga los resplandores de su divinidad, oculta hasta su misma humanidad, y erige sobre los altares un trono de benignidad y de clemencia, desde donde distribuye con mano pródiga las gracias y auxilios oportunos á todos los que se acercan á él con confianza: movido de aquella caridad inmensa, que le obligó á derramar su sangre sobre el patíbulo, inventa el divino arbitrio de permanecer disfrazado entre nosotros hasta la consumacion de los siglos. ¡O invencion admirable! ¿quién la hubiera jamás imaginado?

Aquel Dios terrible que no hablaba á Israel sino con la voz del trueno, que no se aparecia sino entre nubes y uracanes, entre relámpagos y rayos: aquel Dios poderoso que venció al infierno, triunfó de la muerte, y reyna en lo mas alto del Empireo, se digna de habitar en nuestros tabernáculos encerrado como en un sepulcro, y para hacernos soportable su grandeza, se cubre como otro Moysés la cara, se proporciona á nuestra flaqueza, se acomoda á nuestra pequeñez y se oculta baxo las apariencias de un Sacramento que nada tiene en el exterior que inspire rezelo ó infunda temor: desde allí franquea los tesoros de su misericordia, nos convida para que acudamos á su presencia, llama sin distincion á grandes y pequeños, y á todos ofrece los dones y mercedes que reparte su mano soberana. Acérquemonos pues, Católicos, al trono de su gracia si

deseamos enriquecernos, y alcanzar los auxilios oportunos que necesitamos para conducirnos á nuestra patria por el desierto de este mundo: *Adamus cum fiducia*, &c.

Ved aquí como se presenta mi designio simplemente en las palabras de mi tema, y como yo lo propongo con igual sencillez. Escuchadme: Jesu-christo Sacramentado erige sobre nuestros altares un trono al que justamente conviene el noble título de trono de gracia: *Adeamus ad tronum gratiæ*; primer punto. Nosotros debemos esperar con confianza que alcanzaremos las mercedes y auxilios que reparte á los pies de su trono si nos llegamos á él: *Ut gratiam inveniamus in auxilio oportuno*; segundo punto. Imploramos la gracia para el acierto, por la intercesion de María, saludándola con el Angel.

AVE MARIA.

¿Qué temor y respeto infunde la augusta ceremonia con que la Iglesia nuestra Madre honra á su divino Esposo en el solemne octavario que consagra á su memoria! Todo respira magestad y grandeza: los sagrados ministros, los Sacerdotes y los levitas adornados con vestiduras de pompa y gala, rodean su real solio para hacerle la corte: lo mas precioso de la naturaleza, y lo mas primoroso del arte se emplean y destinan para la magnífica decoracion de su tabernáculo: el humo del incienso y de los perfumes sube y se esparce por los ayres: las bóvedas del templo resuenan con músicas armoniosas y cánticos de alegría, y en medio de este solemne aparato que adorna el lugar santo, se dexa ver el verdadero Salomon sentado sobre un trono de luces, recibiendo los obsequios y alabanzas de un

pueblo numeroso, compuesto de todo sexó, y de toda edad que se apresura á postrarse en su presencia para conciliarse su agrado, y rendirle los homenages dignos de su infinita soberanía.

¿Quién al ver tanta pompa y magestad no reusaria llegar á los pies del altar poseido de pavor, de respeto y de un terror sagrado? Pero no temais, amados oyentes, porque el divino Salomon ansioso de enriquecer á los hombres con los tesoros de su gracia, por una metamórfosis inaudita, ha cambiado toda su gloria y toda su grandeza en un perfecto anonadamiento: lejos de hacer ostentacion de los resplandores de su divinidad, llega á esconder hasta su misma humanidad baxo la misteriosa nube de los Accidentes Eucarísticos, y podemos decir con verdad, que en el misterio de la Eucaristia se despoja enteramente de todo el aparato de gloria y magestad, y se reduce á un estado el mas completo de aniquilacion y abatimiento que jamas vivió en el discurso de su vida, á fin de alentar nuestra timidez, vencer nuestra repugnancia, y remover los impedimentos que pudieran alejarnos de su real trono.

En efecto, en los demas pasos y misterios de su vida sacratísima se advierten entre los mismos zelages algunos rastros y vestigios de su sér divino: en el pesebre aparece una milagrosa estrella, que con una voz muda anuncia á los Magos la divinidad del tierno infante á quien adoran. En el discurso de su vida mortal se descubren en sus mismas acciones ciertos indicios que hacen venir en conocimiento del Dios que se oculta baxo el velo de la humanidad: en sus milagros se trasluce la omnipotencia, en su conversacion la sabiduria divina, y en sus costumbres la santidad infinita. En el Calvario publican á un tiempo su divinidad los astros,

la luna, el sol, la tierra y los muertos que resucitan, y aun sus mismos contrarios se ven precisados á vista de los milagros á exclamation que aquel hombre era verdaderamente Hijo de Dios: *Verè hic homo filius Dei erat.* De suerte que aunque el pesebre y el Calvario no presentaban á la vista mas que el aspecto de un hombre; pero mostraban al mismo tiempo un hombre que era Dios, y daban á conocer con la voz de los milagros la divinidad escondida baxo las apariencias de un hombre mortal.

Pero en la Eucaristía sucede todo lo contrario, pues lejos de presentarse en ella el Salvador como Dios, ni aun parece un mero hombre, porque la humanidad está en ella tan escondida como la divinidad: y los milagros que allí obra, en lugar de contribuir y facilitar la fé de su real presencia, son el mayor impedimento que tienen que vencer nuestros sentidos, para persuadirse que baxo las especies Sacramentales existe el Dios hombre que adoramos, de manera que el entendimiento humano, eludido con las apariencias exteriores, necesita apurar toda su docilidad para rendir el vasallage y obsequio debido á un Dios oculto, y anonadado en el Augusto Sacramento del Altar.

Y habrá necesidad de otra prueba para convencernos que el Salvador nada mas intentó, ocultando toda su gloria baxo el velo de los accidentes, que hacerse accesible, y acomodarse á nuestra miseria para que nos acerquemos sin rezelo y sin temor al trono de su gracia? ¡Ah! El divino Salvador, figura y esplendor del Padre, se ha despojado de la magestad que le rodea por alentar nuestra flaqueza, por inspirarnos una esperanza animosa, por facilitarnos el acceso, por precisarnos á que penetremos hasta su mismo Santuario, por derra-

mar sobre nosotros mas de cerca sus dones, y enriquecernos con los tesoros de su misericordia; á este fin trastorna el orden de las cosas, y á expensas de su propia grandeza se reduce á un estado de humillacion y anonadamiento, sin mas objeto que allanarnos el camino, y franquearnos la entrada á su real trono, para que llenos de confianza le pidamos las mercedes y favores que desea repartirnos su mano benéfica; este fué el designio que tuvo en la institucion de tan venerable Sacramento, permanecer entre nosotros para que acudamos á sus pies, teniendo él la satisfaccion de oir nuestras súplicas, haciéndonos dignos de sus gracias y beneficios, y remediando nuestras necesidades.

¿Qué resta, amados oyentes, sino que yo os renueve las mismas palabras con que exhortaba el Apóstol de las Gentes en su carta á los Hebreos, quando les decia: lléguemos con confianza á un trono que es propiamente el trono de la gracia: *Adeamus ad tronum gracie?* Abramos de par en par nuestros corazones á los pies del divino solio, presentemosle nuestras súplicas, contemosle una por una nuestras necesidades con franqueza, con sencillez y con confianza, para que él nos consuele en nuestras aflicciones, nos alumbre en nuestras tinieblas, nos anime en nuestras tibiezas, y fortalezca nuestra debilidad; y aunque es cierto que la Soberana Magestad de un Dios escondido infunde respeto y temor reverencial en todos aquellos que no han perdido todavia la fé; pero es igualmente indubitable, que la bondad de su corazón, y el zelo que tiene por nuestro bien, debe inspirarnos una fé animosa, y una esperanza firme, que escuchará nuestras súplicas, y se compadecerá de nuestros gemidos. Porque, christianos, la magestad del trono no es la que debe regular los afectos del pueblo, ni